



rmbm.org

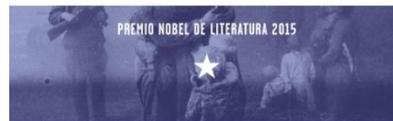


rmbm.org/rinconlector/index.htm

ÚLTIMOS TESTIGOS



SVETLANA
ALEXIÉVICH



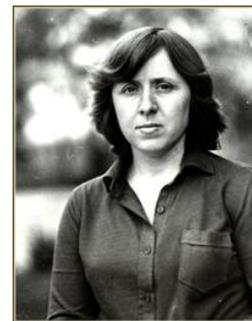
ÚLTIMOS
TESTIGOS



Svetlana Alexiévich

Svetlana Alexiévich

https://es.wikipedia.org/wiki/Svetlana_Aleksi%C3%A9vich



Svetlana Aleksándrovna Alexiévich o Svetlana Alexándrovna Alexiévich (Alexsiévič, transliterado del ruso Светлана Александровна Алексиевич, en bielorruso Святлана Аляксандраўна Алексіевіч, transcrito como Sviatlana Aliaksándrauna Alieksiyévich); Stanislav, Ucrania soviética, Unión Soviética, 31 de mayo de 1948) es una escritora y periodista bielorrusa de lengua rusa, galardonada con el Premio Nobel de Literatura en 2015.

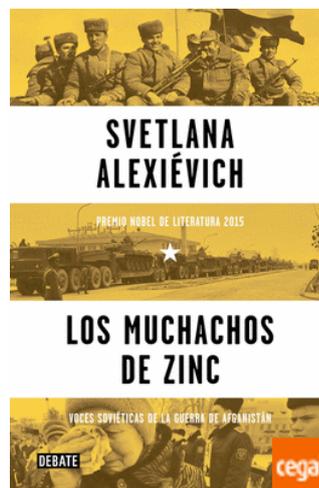
Hija de dos maestros, él bielorruso y ella ucraniana, Alexiévich nació en el pueblo de Stanislav –actual Ivano-Frankivsk– en la Ucrania soviética, pero se crió en la república soviética de Bielorrusia. Estudió periodismo en la Universidad de Minsk desde 1967 y al graduarse marchó a la ciudad de Biaroza, en el óblast o provincia de Brest, para trabajar en el periódico y en la escuela locales como profesora de historia y de alemán. Durante ese tiempo se debatió entre la tradición familiar de trabajar en la enseñanza y el periodismo.

Fue reportera en la prensa de Narowla, en el óblast o provincia de Gómel. Desde sus días de escuela había escrito poesía y artículos para la prensa escolar y también en la revista literaria Neman de Minsk, donde publicó sus primeros ensayos, cuentos y reportajes.

El escritor bielorruso Alés Adamóvich la inclinó a la literatura apoyando un nuevo género de escritura polifónica que denominó «novela colectiva», «novela-oratorio», «novela-evidencia» o «coro épico», entre otras fórmulas. En sus textos a medio camino entre la literatura y el periodismo usa la técnica del collage que yuxtapone testimonios individuales, con lo que consigue acercarse más a la sustancia humana de los acontecimientos. Para esto tuvo que transformarse en viajera y visitar casi toda la Unión Soviética. Usó este estilo en su primer libro *La guerra no tiene rostro de mujer* (1983), en el que, a partir de entrevistas, abordó el tema de las rusas que participaron en la II Guerra Mundial. El estreno de la adaptación teatral en Moscú, en 1985, supuso un gran antecedente en la glásnost o apertura del régimen soviético iniciada por su dirigente Mijaíl Gorbachov. Alés Adamóvich y Vasil Bykaŭ son las más importantes influencias que la propia escritora ha reconocido en su obra.

En *Tsínkovyie málchiki* (Los chicos de zinc, traducida a veces como *Ataúdes de zinc*), 1989, compila un mosaico de testimonios de madres de soldados soviéticos que participaron en la Guerra de Afganistán; en *Zacharóvannye smertiu* (Cautivos de la muerte), 1993, ofrece la visión de aquellos que no pudieron sobrevivir a la idea de la caída del régimen soviético y se suicidaron. *Voces de Chernóbil* (1997), uno de los pocos libros suyos traducidos al

castellano (2006), expone el heroísmo y sufrimiento de quienes se sacrificaron en la catástrofe nuclear de Chernóbil. Libro traducido a veinte idiomas, todavía sigue prohibido en Bielorrusia. En su última obra, *Época del desencanto. El final del homo sovieticus*, publicado a la vez en alemán y en ruso en 2014, procura hacer un retrato generacional de todos los que vivieron la dramática caída del utópico estado comunista soviético. También ha compuesto numerosos guiones para documentales y varias obras de teatro.



Su obra es una crónica personal de la historia de los hombres y mujeres soviéticos y postsoviéticos, a los que entrevistó para sus narraciones durante los momentos más dramáticos de la historia de su país, como por ejemplo la II Guerra Mundial, la Guerra de Afganistán, la caída de la Unión Soviética y el accidente de Chernóbil. Enfrentada al régimen autoritario y la censura del presidente de Bielorrusia, Alexander Lukashenko, abandonó Bielorrusia en el año 2000 y estuvo viviendo en París, Gotenburgo y Berlín. En 2011 Aleksíevich volvió a Minsk. Varios libros suyos fueron publicados en Europa, Estados Unidos, China, Vietnam e India y recibió el premio Nobel de 2015 siendo la primera escritora de no ficción con este premio en un siglo.

Obras

1985: *La guerra no tiene rostro de mujer* (У войны не женское лицо). Editorial Debate, 2015.

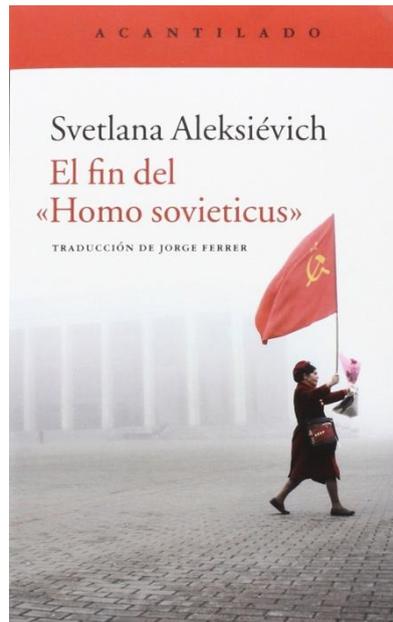
1985: *Últimos testigos. Los niños de la Segunda Guerra Mundial* (Последние свидетели (сто детских рассказов)). Editorial Debate, 2016.

1990: *Los muchachos de zinc. Voces soviéticas de la Guerra de Afganistán* (Цинковые мальчики). Editorial Debate, 2016

1994: *Fascinados por la muerte* (Зачарованные смертью). No traducido al español.

1997: *Voces de Chernóbil. Crónica del futuro* (Чернобыльская молитва. Хроника будущего). Casiopea, 2002; Siglo XXI, 2006; Debolsillo, 2015; Debate, 2015.

2013: *El fin del Homo sovieticus* (Время секунд хэнд). Acantilado, 2015. Traducción al español de Jorge Ferrer.



Adaptación teatral

La guerra no tiene rostro de mujer, estrenada en el Teatro de la Taganka (Moscú) en 1985.

Premios

Desde 1996 ha recibido numerosos premios internacionales, entre otros:

1996: Ryszard-Kapuściński, Polonia

1999: Premio Herder, Austria

2005: Premio del Círculo de Críticos Nacional del Libro, Estados Unidos

2013: Premio de la Paz del Comercio Librero Alemán

2013: Premio Médicis de Ensayo, Francia

2015: Premio Nobel de Literatura, por 'su obra polifónica' que, de acuerdo con el jurado, es un monumento al valor y al sufrimiento en nuestro tiempo.

http://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/10/151008_sociedad_internacional_premio_nobel_literatura_2015_amv

Svetlana Alexievich, la Premio Nobel de Literatura que le dio voz de los sobrevivientes del desastre nuclear de Chernóbil

Redacción

BBC Mundo

8 octubre 2015

La escritora y periodista bielorrusa Svetlana Alexievich ganó este jueves el Premio Nobel de Literatura 2015, anunció la Academia Sueca.

De acuerdo a la Academia, el premio le fue otorgado a la bielorrusa de 67 años por que "su obra polifónica es un monumento al valor y al sufrimiento de nuestro tiempo".

Alexievich se ha destacado especialmente en el campo del periodismo (es la primera periodista que gana el premio Nóbel de Literatura) siendo las entrevistas a los personajes principales de la era soviética y postsoviética sus trabajos más relevantes.

Sus obras más conocidas son "Voces de Chernóbil", un relato de las personas que estuvieron en el desastre nuclear en la planta de Chernóbil el 26 de abril de 1986, y "Boys in Zink", una colección de relatos sobre la guerra entre la Unión Soviética y Afganistán.

Alexievich, de 67 años, es una escritora política que es bastante crítica del gobierno de su país. De este modo se convierte en la 14va mujer en recibir el prestigioso premio.

Sara Danius, la vocera de la Academia Sueca que anunció el premio a las 11:00 GMT, añadió que "ha sido más de medio siglo desde la última vez que un escritor de no ficción gana el Nobel y Alexievich es la primera periodista en ganar el premio".

La escritora nació en la ciudad ucraniana de Ivano-Frankivsk en 1948. Su padre era bielorruso y su madre, ucraniana. La familia se mudó a Bielorrusia debido al trabajo de su padre como militar. Allí, ella se apuntó para estudiar periodismo en la Universidad de Minsk, donde cursó desde 1967 hasta 1972.

Después de graduarse, trabajó durante varios años como periodista antes de publicar su primer libro en 1985: "War's Unwomanly Face". Basado en las entrevistas a cientos de mujeres que participaron en la Segunda Guerra Mundial, se trató de un trabajo que establecería su estilo como escritora y reportera, construyendo narraciones de los testigos de los eventos trágicos de la historia.

Svetlana Alexievich es la primera periodista en ganar el premio Nobel de Literatura.

En su sitio de internet, Alexievich describe cuál su propósito con el periodismo: "He escogido un género donde las voces humanas hablan por sí mismas".



Alexievich había ganado los premios PEN de Suecia y el prestigioso Ryszard Kapuściński de Polonia donde destacaron su "dignidad y coraje como escritora".

Como dato curioso, en esta versión del premio la periodista era considerada la favorita de las casas de apuestas británicas junto al escritor japonés Haruki Murakami y el novelista keniano Ngugi Wa Thiong'o.

<http://www.letraslibres.com/mexico-espana/leer-svetlana-alexievich>

Para leer a Svetlana Alexievich

La periodista bielorrusa galardonada con el Nobel de literatura es una cronista del dolor humano y de la valentía necesaria para encararlo.

Pedro Ángel Palou 8 octubre 2015

El Parlamento Internacional de Escritores, que en su momento presidió Salman Rushdie –y luego Wole Soyinka y ahora Russel Banks– se propuso dar asilo y protección a escritores perseguidos mediante la instalación de Casas Refugio. Algunas, como la de la ciudad de México, tienen además excepcionales proyectos, pues sirven también a la comunidad como lugares de encuentro entre escritores, aprendices del oficio y simplemente la comunidad interesada en la literatura. Ese fue el espíritu con el que en 2003 abrimos la Casa del Escritor de Puebla. Sería un espacio para escritores perseguidos pero también un lugar único para la contigüidad con lo literario. A la inauguración asistió el

entonces secretario de la organización, el francés Cristian Salmon, quien había sido secretario privado de Milan Kundera, el Premio Nobel africano Wole Soyinka y una escritora refugiada que daría testimonio de lo útil que había sido para ella la protección del Parlamento en épocas difíciles de su vida: Svetlana Alexievich.

Comparada con la exuberancia física y verbal de Soyinka, Alexiévich asombraba particularmente por su reserva. Era una mujer pequeña, pero de complexión fuerte, como una pieza de granito que aún no ha sido tallada. Hablaba quedo, pero sus frases en inglés eran precisas. Narró sus dificultades para publicar en su país antes de la perestroika y las prohibiciones de sus otros libros, particularmente después de su valiente denuncia de la catástrofe de Chernobyl.





En preparación para esa visita yo había leído uno de sus libros en inglés —*Los chicos de cinc*, dedicado a la presencia soviética en Afganistán, pero desconocía los otros (después leería *Voces de Chernobyl*, el que había obligado a ese exilio temporal y más recientemente *El fin del hombre rojo*, publicado en francés y ganador del Premio Médicis en 2013). Luego, Svetlana, quien vivía refugiada en París, en un departamento de la red del Parlamento Internacional de Escritores nos habló de su método de trabajo y de cómo este tiempo fuera de territorios de la antigua Unión Soviética limitaba su trabajo de escritura que requería cientos de horas de entrevistas de campo. Lo que detalló me pareció fascinante, pues no se trataba solamente de periodismo de investigación, sino de literatura sin ficción, de novela sin un solo protagonista. En su trabajo eminentemente coral había una narradora, ciertamente, pero su papel consistía en dejar hablar, en que las voces de los sobrevivientes de la catástrofe estuvieran allí casi sin mediación (a veces entrevista hasta 700 personas para un libro). Una suerte de montaje cinematográfico —dijo entonces—, que a mí me pareció muy cercano al documental y pensé inmediatamente en el chileno Patricio Guzmán. Svetlana Alexievich, sin embargo, refirió sus inicios en la universidad, en Ucrania, estudiando periodismo y dijo algo sobre quien consideraba su maestro, Alés Adamóvich. El nombre me quedó allí, grabado, pero no lo leí hasta hace tres años cuando investigaba para *La amante del ghetto*. Me encontré con un libro suyo, en inglés,

Kathyn. Una novela terrible con un niño polaco como protagonista. El método de Alexievich, es cierto, estaba allí ya. Adamóvich utilizaba elementos del archivo hasta antes clasificados y sobre todo recuentos y testimonios de las propias víctimas. La diferencia era que su discípula, Svetlana misma, hacía las entrevistas.

Sería absurdo preguntarse –pero sé que muchos lo harán– si el periodismo es literatura. O mejor, qué es lo que hace que algunas formas de periodismo puedan ser consideradas literatura. No se trata solamente de los procedimientos periodísticos, sino de la capacidad de ver, por encima de la cotidianidad de lo actual la universalidad de la experiencia humana, en este caso de la tragedia.

Svetlana Alexievich ha trabajado con esa memoria de la catástrofe que significa estar vivos en medio de la tragedia, es cierto, pero también, particularmente en el último libro –el año pasado en la Feria de Frankfurt los libreros alemanes le dieron el Premio de la Paz quizá por esto– sobre las vidas de quienes vivieron dentro de la utopía soviética mientras sufrían el horror de sus errores. “No estábamos preparados para esto”, insiste ella, para el fin de ese tiempo de la Unión Soviética. “Estamos separados en distintos estados y hablamos distintas lenguas, pero todos somos hijos de esa utopía fracasada”. En su búsqueda por encontrar los sentimientos humanos en un género literario que no existía y que ella buscó afanosamente hasta encontrar una forma que lo contuviese (afirmaba desde su visita a Puebla que el arte había sido insuficiente para encontrar a ese ser humano más allá de la guerra, más allá del suicidio, más allá de Chernobyl).

Sin la muerte no puede entenderse la vida, ha pensado siempre Svetlana Alexievich y ha escrito ese único libro en los seis que ha publicado. El libro del dolor y el sufrimiento que significa estar vivos.



Mujeres en Moscú, 1947 (foto de Cartier-Bresson)

<https://www.ahorasemanal.es/svetlana-alexievich-la-escritora-de-los-silenciados>

Svetlana Alexiévich. La escritora de los silenciados

La bielorrusa, decimocuarta mujer que obtiene el Nobel de Literatura, ha creado un nuevo género que no es ficción ni periodismo

JAIME G. MORA - 22/01/2016

En *El fin del "Homo sovieticus"* Margarita Pogrebítskaia, una médica de 57 años que añora los tiempos de la Unión Soviética, le dice a Svetlana Alexiévich: "¿Hay algo más que quiera preguntarme? Ya se lo he contado todo... ¡Todo!". Trece palabras que definen el género acuñado por la premio Nobel de Literatura de 2015: la novela de voces. En palabras de la escritora, es como pintar un retrato.

Alexiévich cree que es imposible contar la realidad desde una sola experiencia. Hay que involucrar a mucha gente. Por eso, para sus libros conversa con entre 300 y 500 personas. Luego elige a una decena de ellas como pilares de la narración. Los testimonios, intercalados con muchos otros, conforman un retrato coral, una sucesión de monólogos sin que aparezca la voz de la autora: se limita a preguntar y dar sentido a las respuestas. Si algo ha aprendido Alexiévich en sus más de 30 años como periodista es que la gente quiere hablar. "Toda la vida he estado esperando encontrar a alguien que me pidiera que le contara mi vida", le dice una protagonista de *El fin del "Homo sovieticus"*.

Compromiso

La concesión del máximo galardón literario a una escritora bielorrusa desconocida cogió a casi todos por sorpresa. A críticos, que no esperaban esta distinción para un autor por su trabajo periodístico, y a librerías: hasta la reedición de Voces de Chernóbil, el único libro de Alexiévich que había sido traducido al español antes del Nobel, era imposible encontrar una obra suya. Las editoriales aceleraron la publicación de los títulos que tenían en cartera de una autora que en todo el mundo solo había interesado a sellos pequeños.

La guerra no tiene rostro de mujer vendió más de dos millones de ejemplares en Rusia cuando salió en 1985. Durante dos años, antes de la apertura de Gorbachov, le impidieron publicarlo. “Después de leer un libro como este, nadie querrá ir a la guerra. Usted, con su primitivo naturalismo, está humillando a las mujeres. A la mujer heroína. La destrona. Hace de ella una mujer corriente. Una hembra. Y nosotros las tenemos por santas”, le dijo el censor. Fragmentos censurados fueron añadidos en una nueva edición seis años después.

A Alexiévich no le interesaba la “voz masculina” que se impone en el relato de la guerra. “La guerra femenina tiene sus colores, sus olores, su iluminación y su espacio. Tiene sus propias palabras —explica en el prólogo—. En esta guerra no hay héroes ni hazañas increíbles, tan solo hay seres humanos involucrados en una tarea inhumana.”

La guerra no tiene rostro de mujer es el relato de las sanitarias, francotiradoras o zapadoras que acudieron a la llamada de la URSS en la Segunda Guerra Mundial y quedaron silenciadas a su regreso. Mientras los hombres se ponían las medallas, ellas ni se atrevían a confesar que habían resultado heridas. De hacerlo, nadie les daría trabajo ni se casaría con ellas. “No compartieron la victoria con nosotras. Era injusto... Incomprensible... Porque en el frente el trato que nos habían dado los hombres era formidable, siempre nos protegían”, recuerda una mujer que combatió en la guerra. En el ejército soviético hubo alrededor de un millón de mujeres.

El fin del “Homo sovieticus” muestra el desplome de las ideas comunistas y la llegada del capitalismo

A través de los pequeños detalles Alexiévich muestra el horror: las ratas que desaparecen justo antes de comenzar el bombardeo, las miradas al suelo cuando una madre ahoga a su hijo hambriento para no ser descubiertos por los alemanes, el rasgo animal en los ojos de los

soldados después de un ataque, el menú durante el asedio (sopa de cinturones o de zapatos nuevos y ratones fritos), el amor: “En la guerra me olvidé de todo. Olvidé mi vida anterior. Todo... Olvidé el amor...”.

La autora sostiene —y lo demuestra— que la forma de recordar de las mujeres es distinta. “Los alemanes acribillaron a tiros toda la aldea y después se largaron”, dice una. Cuando se acercaron a la arena amarilla pisoteada encontraron un zapato de niño. Otra superviviente recuerda: “Los alemanes se divertían disparándoles... Les quedaba el último, un niño de pecho. El alemán le hacía señas a la madre: ‘Lánzale al aire, que le voy a disparar’. Entonces la madre tiró al niño, pero lo tiró contra el suelo, para ser ella quien lo matara”. La intención de Alexiévich era escribir un libro que provocara náuseas, lograr que la guerra diera asco y pareciera de locos. Lo consigue.

Hija de un bielorruso comunista convencido hasta su muerte y una ucraniana, la decimocuarta mujer en ganar el Nobel encontró su voz cuando leyó a Alés Adamóvich, cuya novela Soy de la aldea en llamas está construida a partir de testimonios de la vida real. Así que Alexiévich decidió incorporar en sus obras las historias que la rodeaban. “Los textos están en todas partes. En los apartamentos de la ciudad, en las casas del campo, en la calle, en el tren...”, explica.

Para su primer libro, y lo convirtió en su marca personal, realizó cientos de entrevistas. Algunas se alargaron durante días. Alexiévich toma té con sus protagonistas, comparte recetas de cocina, ve fotos de sus nietos... hasta que llega al interior: “Deja de recordar la guerra para recordar su juventud. Un fragmento de su vida... Hay que atrapar ese momento. ¡Que no se escape! A menudo, después de un largo día atiborrado de palabras, hechos y lágrimas, en tu memoria tan solo queda una frase, pero ¡qué frase!”. La periodista moldea las entrevistas hasta conseguir que sus personajes escriban por ella. Las voces de los demás “Por sus escritos polifónicos, un monumento al sufrimiento y coraje en nuestro tiempo”, así justificó la Academia Sueca la concesión del Nobel a Alexiévich. En su discurso de aceptación del premio, la escritora dijo: “Flaubert decía de sí que era un hombre de pluma; yo diría de mí que soy una mujer de oído”. Alexiévich se convierte en una gran oreja cuando entrevista, cuando escribe. Dice que lee la voz.

Cada libro le lleva entre cinco y diez años de trabajo. Se ve como una escritora más que como una periodista y le gusta pensar que ha inventado un nuevo género. “No es una simple narración y, aun siendo todo no ficción, está más cerca de la literatura que de otra cosa”, dijo

a La Vanguardia cuando se lo plantearon. A La guerra no tiene rostro de mujer le siguieron Los últimos testigos, cien relatos nada infantiles que Debate recuperará en 2017, y Los muchachos de zinc, que llegará a las librerías en marzo.

Hasta los 90, antes de lanzar *Los muchachos de zinc*, Alexiévich era una defensora del modelo soviético. En 1988 viajó a Afganistán, todavía ocupado por el ejército de la URSS para repartir juguetes a un hospital de Kabul. Cuando le entregó un peluche a un niño, este lo cogió con los dientes. Alexiévich, extrañada, preguntó a la madre el motivo de esa reacción. La mujer afgana apartó la sábana de un tirón. El crío no tenía brazos ni piernas. “Mira lo que han hecho tus soviéticos, como hizo Hitler”, le dijo la madre.

Los muchachos de zinc cuenta el regreso de los muertos soviéticos en ataúdes de zinc sellados mientras la URSS no reconocía ni que existiera un conflicto. El libro recibió críticas durísimas: acusaron a la escritora de publicar “un texto fantasioso lleno de injurias” y de formar parte de “un coro histérico de ataques malignos”.

Durante años, en Bielorrusia los libros de Alexiévich solo se podían conseguir en el mercado negro. El actual presidente bielorruso, Alexander Lukashenko, dice que la escritora es un “enemigo del país”. Vladimir Putin, presidente ruso, ni la felicitó por ganar el Nobel. “No soporto a ese hombre. Rusia, bajo su mando, hace lo mismo que en los tiempos de la URSS, practica una política muy agresiva, contraria a los valores europeos, a los valores democráticos”, dijo a La Vanguardia.

Las obras de la premio Nobel consiguen que cualquiera sepa descifrar el porqué de la excepción rusa

En *El fin del “Homo sovieticus”*, su obra más reciente y ambiciosa, Alexiévich muestra el desplome de las ideas comunistas y la llegada de un capitalismo que ha sido devorado por un nuevo culto a Stalin. “Se ha recuperado el himno soviético —escribe la autora en la introducción—. El partido en el poder es una copia del Partido Comunista de antaño. Hoy el presidente goza de un poder semejante al de los secretarios generales del Partido en tiempos soviéticos, un poder absoluto. Y el lugar del marxismo-leninismo lo ocupa ahora la doctrina de la Iglesia ortodoxa rusa.” La herencia comunista ¿Sabrán los jóvenes que hoy llevan camisetas con el rostro de Lenin lo que es el comunismo?, se pregunta. Encontró las respuestas entre 1990 y 2012, el tiempo que se pasó hablando con cientos de personas sobre el amor,

los celos o la infancia. Alexiévich no preguntaba por el socialismo, sino por la música, los bailes, los peinados. “Esa es la única forma de mostrar, de adivinar algo, inscribiendo la catástrofe en un contexto familiar”, dice. “Yo observo el mundo con los ojos de escritora, no de historiadora.”

Sobre la época soviética han escrito reporteros tan importantes como Ryszard Kapuscinski, maestro de la escuela polaca de periodismo, y David Remnick, que ganó el premio Pulitzer por *La tumba de Lenin* (Debate, 2011). Alexiévich firma una obra a la altura de estos dos autores. En su retrato del hombre soviético llega hasta estalinistas incorregibles, demócratas desencantados con las nuevas libertades y parias: mendigos, deportados, borrachos, mujeres maltratadas...

La formación de la URSS (1923-1940)



La lectura de *El fin del “Homo sovieticus”* deja en la memoria algunas de esas frases que solo aparecen tras horas de charlas. “Me casé con el asesino de mi marido”, dice una mujer al relatar su historia de amor. “Resultaba más fácil dar de baja a un recluta que a una bala”, dice un soldado reconvertido en emprendedor cuando recuerda las palabras de su sargento en el ejército: “Si os vais a suicidar, no lo hagáis disparándoos, porque es un coñazo justificar la pérdida de una bala”.

Así era el estalinismo, un régimen en el que ni Stalin se hacía responsable de sus decisiones: las tomaba el partido. Era un sistema del que no se podía escapar. “Comprenda que las únicas personas a las que dejamos en paz son las que han sabido arrepentirse y se han rendido sin remedio”, advertían los torturadores a los detenidos. Cualquiera podía ser un delator: el libro cuenta la historia de una mujer que, tras 17 años en los campos de trabajo, se ahorcó al descubrir que fue una amiga quien la denunció. La misma amiga a quien pidió que cuidara de su hija.

La herencia comunista, aquella que educaba a los niños con carros blindados y fusiles de juguete, aquella que hacía temer más al propio Estado que al enemigo, fue la causa principal de que para muchos ganar libertades no fuera más allá de poder comprar unos tejanos en “tiendas que parecen museos”.

“Lo que tuvimos aquí fue estalinismo, no comunismo. Y ahora no tenemos ni socialismo ni capitalismo. Ni el modelo oriental ni el modelo occidental. Ni un imperio ni una república”, explica una exsecretaria del partido. “Medio país está esperando un nuevo Stalin que venga y ponga orden.” Alexiévich distingue cuatro generaciones de soviéticos: la de Stalin, la de Jruschov, la de Brézhnev y la de Gorbachov. Quizá habría que añadir una quinta: la de Putin.

No es verdad que solo un soviético pueda llegar a comprender a un soviético, como le dijo un protagonista del libro a Alexiévich. Las obras de la premio Nobel consiguen que cualquiera sepa descifrar el porqué de la excepción rusa.



http://www.infolibre.es/noticias/los_diablos_azules/2017/01/13/ultimos_testigos_alexievich_59685_1821.html

'Últimos testigos', de Svetlana Alexiévich

No hay mejor alegato pacifista que los espeluznantes recuerdos de aquellos niños sin infancia

Este era el último trabajo de la periodista bielorrusa que quedaba por traducir al castellano

Saila Marcos. 13/01/2017

Durante la Segunda Guerra Mundial murieron casi 13 millones de niños: en bombardeos, de hambre, asesinados, quemados, de frío o miedo. Muchos otros se quedaron solos: sin padres, parientes, hermanos ni siquiera una casa en la que refugiarse, ya que los nazis reducían a ceniza todas las poblaciones por las que pasaban. Se enfrentaron a la dura posguerra con una madurez sobrevenida cuando todavía no les habían caído los dientes de leche. Sólo en Bielorrusia unos 26.900 niños fueron repartidos en numerosos orfanatos. “¿Un niño que haya sufrido los horrores de la guerra sigue siendo un niño? ¿Quién les devuelve su infancia?”, se preguntaba la Premio Nobel de Literatura de 2015 en el prólogo de la edición en inglés de *Últimos testigos*. La versión en castellano de este libro que publicaba hace unos meses la editorial Debate no incluye este prólogo, pero sí una idea de Dostoievski que resume la intención de Svetlana Alexiévich: ninguna revolución justifica las lágrimas de un niño inocente. La otra moraleja

del relato tiene que ver con la no repetición: no hay mejor alegato pacifista que los espeluznantes recuerdos de aquellos niños sin infancia. “Ya he cumplido 51 años, tengo mis propios hijos, y, sin embargo, todavía sigo queriendo que venga mamá”, clama una de las entrevistadas.



Como es habitual en su literatura, Alexiévich utiliza las voces de sus decenas de entrevistados para componer un relato coral. Hurga en las heridas enquistadas de la antigua Unión Soviética sin pretensión historiográfica, pero con el deseo de que las emociones traspasen la época y el lugar en la que ocurrieron. En *La guerra no tiene rostro de mujer* (Debate) recopiló la biografía de las mujeres combatientes en el Ejército soviético durante la Segunda Guerra Mundial; en *Los muchachos de zinc* (también Debate) abordó la guerra de Afganistán a partir de los soldados que volvían muertos en ataúdes de elaborados con este material; en *El fin del Homo Sovieticus* (Acantilado) le tocó el turno a las ilusiones rotas tras el desplome de la Rusia socialista; y en *Voces de Chernóbil* (Debolsillo) entrevistó a 500 testigos de aquella catástrofe nuclear. Últimos testigos era el último libro publicado por la periodista bielorrusa que quedaba por traducir al castellano. Cada uno de sus proyectos requiere entre cinco y 10 años de trabajo: son horas, o incluso días, de conversación con los entrevistados hasta dar con el recuerdo más elocuente. Hace preguntas a las que muchas personas se enfrentan por primera vez.

Este volumen podría entenderse como el complementario a *La guerra no tiene rostro de mujer*. Por la época que aborda, ya que en él recoge el testimonio de un centenar de hombres y mujeres que no superaban los 11 años cuando las tropas de Hitler pisaron suelo soviético. Y por la coincidencia de anécdotas espantosas. “En esos dos días todo el

pelo se le volvió blanco. (...) Yo acariciaba el pelo de mamá. Tenía miedo. Temía que mamá también se volviera toda blanca”. Algunos de los entrevistados en *Últimos testigos* son también los hijos de las guerrilleras, que se quedaron en la retaguardia, donde las mujeres también se encargaron de que la economía soviética siguiera funcionando. No obstante, ambos libros difieren en determinados aspectos formales. En el caso de *La guerra no tiene rostro de mujer*, los relatos se articulaban en orden cronológico. No así en *Últimos testigos*, quizás porque muchos de los niños, sobre todo los más pequeños, apenas tienen un recuerdo aislado. Y en este último, se echa en falta un prólogo en el que se contextualice la obra.

Tampoco hay referencias geográficas, más allá de las que incluyen los testimonios, lo que refuerza la vocación universal del libro. Son recuerdos de la Segunda Guerra Mundial, un mural sentimental y colectivo de un determinado trauma, pero en todas las contiendas siempre hay niños que padecen los mismos sufrimientos: la desorientación, el miedo, la espantosa soledad de un huérfano en medio del horror. Es el gran valor del trabajo de Alexiévich: nos habla de emociones. “En vez de infancia, tengo la guerra”, cuenta Vasia Jarevski. Tenía cuatro años cuando los nazis llegaron a su pueblo.

<http://www.elcultural.com/revista/letras/Ultimos-testigos/38629>

Últimos testigos

RAFAEL NUÑEZ FLORENCIO | 07/10/2016

Como suele suceder con los autores que obtienen el Nobel de Literatura, la obra de Svetlana Alexiévich (Stanislav, 1948) ha conocido una rápida difusión en breve tiempo. Como es sabido, la escritora bielorrusa lo ganó en 2015. La mayor parte de sus obras importantes ha sido vertida al castellano en los últimos meses. El público español puede así tener un conocimiento bastante ajustado de sus preocupaciones, sus temas y del modo concreto en que los aborda.

Quizá lo primero y más importante que habría que destacar es que Alexiévich no responde al patrón convencional del novelista, fabulador o poeta que consiguen el prestigioso premio. Alexiévich es más bien una periodista o, si se prefiere, una ensayista en la línea del también afamado cronista de los avatares del mundo actual que fue Ryszard

Kapuscinski. Esto no quiere decir que ambos se parezcan, porque la escritora bielorrusa tiene una voz propia y un estilo inconfundible.

Ello es así, primero, por su perspectiva femenina, es decir, por su manifiesta voluntad de dar voz a las mujeres, en su opinión no solo las mayores damnificadas de guerras y catástrofes, sino también las grandes marginadas, las permanentemente silenciadas. La obra que mejor expresa y simboliza esa recuperación de la mirada femenina es sin duda *La guerra no tiene rostro de mujer* (Debate).

En sus páginas encontramos los testimonios de una parte de las miles de mujeres que vivieron -sufrieron- las penalidades de la Segunda Guerra Mundial, expuesto con una sinceridad desgarradora, con la mínima elaboración por parte de la autora, con el fin de no restar un ápice de protagonismo a las víctimas ni a los testigos directos de las penalidades.

He aquí, implícito, el segundo denominador común de la obra de de Alexiévich, su decidido empeño en dejar expresarse a los protagonistas sin interposición, sin buscar réditos literarios o estilísticos. En un mundo en el que los egos hipertrofiados están a la orden del día, no puede considerarse este un asunto menor. Así, en *Voces de Chernóbil*, la autora del libro permanece ostensiblemente en la penumbra para que sean los habitantes de la zona los que cuenten de primera mano las consecuencias de la catástrofe.

El tercer rasgo de la producción de la escritora bielorrusa es su afán por ceder la palabra a la gente común, esa población a la que no se le da voz ni voto pero que sufren de modo brutal las decisiones arbitrarias de los poderosos. Otra de sus obras más celebradas, *Los muchachos de zinc* (Debate), trata de los jóvenes que fueron a morir en la desgraciada guerra de Afganistán. Por último, el cuarto gran atributo de la literatura de Alexiévich es su vívido retrato del desplome de las ilusiones del paraíso socialista en obras como *El fin del Homo Sovieticus* (Acantilado).



En *Últimos testigos*, el libro que ahora nos ocupa, Svetlana Alexiévich vuelve a poner de relieve la mayor parte de las virtudes y características señaladas en las líneas anteriores. Nuevamente, las víctimas más vulnerables, en este caso los niños; reaparece el escenario bélico, la Segunda Guerra Mundial y otra vez, las voces de los protagonistas sin apenas mediación. Tanto es así que la autora renuncia a la contextualización o incluso a una breve introducción y prefiere, dicho así en la primera página, "en lugar de prefacio..., una cita". Una cita para recordar que en la "Gran Guerra Patria" murieron millones de niños soviéticos. Y, tras ese recordatorio, una pregunta demoledora, la que formuló Dostoievski en su momento y que aquí adquiere proporciones de lamento desgarrador: ¿es posible la absolución de un mundo que produce el sufrimiento de un niño inocente?

Las páginas que siguen recopilan testimonios de decenas de niños de entonces, hoy ya muy mayores, los "últimos testigos" que menciona el título. Privilegiados hasta cierto punto porque sobrevivieron, porque no formaron parte de los casi trece millones de niños muertos que produjo la guerra.

Pero que quedaron marcados por un sufrimiento atroz: muchos vieron cómo torturaban o asesinaban a sus padres, madres o hermanos, cómo quemaban o destruían sus hogares. Pasaron sed, hambre, frío y enfermedades, malvivieron aterrorizados en guetos, prisiones o campos de exterminio. No es extraño que una de las voces que se recogen resuma todo así: "Me dan miedo los hombres... Me dan miedo desde la guerra".

http://cultura.elpais.com/cultura/2016/09/28/babelia/1475096600_211969.html

Hombres sin infancia

Alexiévich reproduce el dolor de los huérfanos bielorrusos de la guerra en 'Últimos testigos', por fin publicada en español

JESÚS CEBERIO

3 OCT 2016

El periodista acostumbra rondar más los palacios que los barrios, por mucho que entre sus principales cometidos figure dar voz a quienes no la tienen. Eso es justamente lo que ha hecho Svetlana Alexiévich en toda su obra, en la que cientos de personas comunes narran sus vivencias íntimas de algunas catástrofes del siglo XX: el accidente nuclear de Chernóbil, la invasión de Bielorrusia por las tropas alemanas en 1941, la Gran Guerra Patriótica a través de los ojos de las mujeres rusas que decidieron ir al frente, las secuelas de la guerra de Afganistán... O el hundimiento de la URSS, que condujo al suicidio a cientos de comunistas desesperados.

En su obra no hay ninguna pretensión historicista, de apoyar tal o cual versión de los hechos. Lo que busca es aflorar las emociones de los supervivientes, con las que escribe una salmodia de gran intensidad. La autora se desvanece detrás de sus interlocutores y su experta batuta se intuye apenas en la melodía y en los títulos de los microrrelatos. Una y otra vez la guerra aparece como telón de fondo de ese bajo relieve interminable que la periodista bielorrusa (premiada con el último Nobel de Literatura) ha tallado sobre la tragedia humana.

Alexiévich ha proclamado que la atrae “ese espacio minúsculo que ocupa un solo ser humano”. Le interesa la voz individual, que le permite crear una densa polifonía de sus contemporáneos en situaciones trágicas. Para escribir *Últimos testigos* entrevistó a mediados de los ochenta a cientos de bielorrusos que habían quedado huérfanos. Escrita hace más de 30 años, acaba de publicarse su traducción al español.

En busca de sus fuentes rastreó los archivos de los orfanatos de Minsk, que al término de la Segunda Guerra Mundial habían registrado a más de 30.000 huérfanos. Gentes comunes, que rondaban los 50 años cuando les abordó la periodista bielorrusa y que aceptaron hurgar en

su memoria aún dolorida en busca de la imagen del padre desaparecido en la guerra, cuando no también la madre.

No es un libro fácil de leer, a veces la acumulación de dolor de aquellos niños resulta aún hoy difícil de soportar. El penúltimo de los 100 testigos que comparecen en sus páginas es un electricista que tenía dos años cuando las tropas alemanas invadieron Minsk. Su relato tiene escasas 30 líneas y se titula: ‘Estuve esperando a mi padre mucho tiempo. Toda la vida...’. Una peluquera que tenía ocho años perdió a sus padres en un bombardeo: “Ya he cumplido 51 años, tengo mis propios hijos, y, sin embargo, todavía sigo queriendo que venga mamá”.

En medio de la catástrofe bélica, que tiene su representación más recurrente en las bombas que caen del cielo, en los aviones que siembran los pueblos de fuego, está el recuerdo de una hambruna permanente, de carácter bíblico: “En la cazuela no quedaba ni el olor a comida, hasta el olor lo habíamos lamido”; “nos convertimos en rumiantes, en primavera ni un solo árbol conseguía echar brotes en un radio de varios kilómetros alrededor del orfanato”; “en todas las casas había un puchero con caldo de ortigas”. Pero en medio de los relatos más sombríos y de una desolación constante surgen ocasionalmente ingenuos chispazos infantiles que provocan una sonrisa. Cuarenta años después de la tragedia, la periodista bielorrusa ha sabido activar en aquellos huérfanos algunas zonas mágicas de la memoria que sobrevivieron a la hecatombe.

Los relatos de aquellos niños, sin un solo subrayado ni una opinión personal de Alexiévich, componen una obra antibelicista de eficacia demoledora, con el hilo conductor de la insondable tristeza de un centenar de hombres y mujeres a los que la guerra amputó su infancia. Un arquitecto que tenía cuatro años lo expresa así: “Soy un hombre sin infancia. En vez de infancia tengo la guerra”.

<https://www.youtube.com/watch?v=sZKopISSPZQ>

Página Dos - Entrevista a Svetlana Alexiévich (11/06/2016)

